

POESÍA

MANUEL JIMÉNEZ QUÍLEZ ME INVITA, GENTILMENTE, A ESCOGER ALGUNOS DE LOS MEJORES POEMAS DE HABLA ESPAÑOLA PUBLICADOS EN LO QUE VA DE SIGLO Y ME CONCEDE TRES PÁGINAS DE MUNDO HISPANICO PARA ESTE FIN. ME INVITA, PUES, A UNA EMPRESA IMPOSIBLE. EL PRIMER POEMA QUE YO HUBIERA ESCOGIDO Y PUBLICADO EN SU INTEGRIDAD ES «EL CRISTO DE VELÁZQUEZ», DE UNAMUNO; Y YA SE VE LO ABSURDO DE MI EMPEÑO. Y EN CUANTO A ELEGIR UN NÚMERO EXACTO DE POETAS, ¡QUÉ DIFÍCIL, QUÉ IMPOSIBLE TAMBIÉN; QUÉ DOLOROSA E INJUSTA, CASI SIEMPRE, LA ELIMINACIÓN DEL UNO O DEL OTRO, DEL DE ALLÍ O DEL DE AQUÍ, TRATÁNDOSE, COMO SE TRATA EN ESTE CASO, DE UN CAMPO DE ELECCIÓN TAN VASTO, TAN RICO, TAN AUTÉNTICAMENTE MARAVILLOSO Y VIVIENTE! LOS POEMAS Y LOS NOMBRES QUE INCLUYO—CUATRO PARA ESPAÑA Y OTROS CUATRO PARA HISPANOAMÉRICA—SON, POR LO TANTO, MÁS SIMBÓLICOS QUE OTRA COSA, AUNQUE REPRESENTAN, DESDE LUEGO, A MI JUICIO, EJEMPLOS CULMINANTES DE LA EXTRAORDINARIA DIVERSIDAD POÉTICA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA. EN EL CASO DE ESPAÑA, Y BIEN A MI PESAR, HE LIMITADO MI ARCHISINTÉTICA ANTOLOGÍA A LOS POETAS DEFINITIVAMENTE CONSAGRADOS Y QUE CORRESPONDEN, MÁS O MENOS, A LA LLAMADA GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO. EN LO QUE A AMÉRICA SE REFIERE, MI CRITERIO, PROBABLEMENTE CAPRICHOZO Y ARBITRARIO, HA SIDO DISTINTO. PERO EXPLICARLO LIMPIAMENTE EXIGIRÍA MÁS ESPACIO DEL QUE AHORA DISPONGO.

LEOPOLDO PANERO

I

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fuí de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y lirios en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia;
mi juventud... ¿fué juventud la mía?,
sus rosas aun me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que, encerrada en silencio, no salía
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacía de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleriana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía
y sin comedia y sin literatura...,
si hay un alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja de la sal satura
en el juego del mar, fué el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.



Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
en la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicaba,
ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
Hipsípila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muere.

Allí va el dios en celo tras la hembra
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
temblando de deseo y fiebre santa
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
producir la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
«Ego sum lux et veritas et vita!»

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra:
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto ideal muere en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;
de desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura
mía una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor—¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del sol—¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó la honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio fué al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA

POR

RUBÉN DARÍO



EL SOLTERÓN

POR LEOPOLDO LUGONES

I

Largas brumas violetas
flotan sobre el río gris,
y allá en las dársenas quietas
sueñan oscuras goletas
con un lejano país.

El arrabal solitario
tiene la noche a sus pies,
y tiembla su campanario
en el vapor visionario
de ese paisaje holandés.

El crepúsculo, perplejo,
entra a una alcoba glacial,
en cuyo empañado espejo,
con soslayado reflejo
turba el agua del cristal.

El lecho blanco se hiela
junto al siniestro baúl,
y en su herrumbrosa tachuela
envejece una acuarela
cuadrada de felpa azul.

En la percha del testero,
el crucificado frac
exhala un fenol severo,
y sobre el vasto tintero
piensa un busto de Balzac.

La brisa de las campañas,
con su aliento de clavel,
agita las telarañas
que son inmensas pestañas
del desusado cancel.

Allá por las nubes rosas,
las golondrinas, en pos
de invisibles mariposas,
trazan letras misteriosas
como escribiendo un adiós.

En la alcoba solitaria,
sobre un raído sofá
de cretona centenaria,
junto a su estufa precaria
meditando un hombre está.

Tendido en postura inerte,
masca su pipa de boj,
y en aquella calma advierte
que cercana está la muerte
del silencio del reloj.

En su garganta reseca
gruñe una biliosa hez,
y bajo su frente hueca
la verdinegra jaqueca
maniobra un largo ajedrez.

¡Ni un gorjeo de alegrías!
¡Ni un clamor de tempestad!
Como en las cuevas sombrías,
en el fondo de sus días
bosteza la soledad.

Y con vértigos extraños,
en su confusa visión
de insípidos desengaños,
ve llegar los grandes años
con sus cargas de algodón.

II

A inverosímil distancia
se acongoja un violín,

resucitando en la estancia
como una ancestral fragancia
del humo de aquel esplín.

Y el hombre piensa. Su vista
recuerda las rosas té
de un sombrero de modista...
el pañuelo de batista...
las peinetas... el corsé.

Y el duelo en la playa sola:
—uno... dos... tres—. Y el lucir
de la montada pistola...
Y el son grave de la ola
convidando a bien morir.

Y al dar a la niña inquieta
la reconquistada flor
en la persiana discreta,
sintióse héroe y poeta
por la gracia del amor.

Epitalamios de flores
la dicha escribió a sus pies,
y las tardes de colores
supieron de esos amores
celestiales... Y después...

Ahora, una vaga espina
le punza en el corazón,
si su coqueta vecina
saca la breve botina
por los hierros del balcón

y si con voz pura y tersa,
la niña del arrabal
en su malicia perversa,
temas picantes conversa
con el canario jovial;

surge aquel triste percance
de tragedia baladí:
la novia... la flor, el lance...
Veinte años cuenta el romance.
Turgenev tiene uno así.

¡Cuán triste era su mirada,
cuán sumerosa su fe
y cuán leve su pisada!
¿Por qué la dejó olvidada...?
¡Si ya no sabe por qué!

III

En el desolado río,
se agrisa el tono punzó
del crepúsculo sombrío,
como un imperial hastío
sobre un otoño de gró.

Y el hombre medita. Es ella
la visión triste que en un
remoto nimbo descuella;
es una ajada doncella
que lo está aguardando aún.

Vago pavor lo amilana
y va a escribirle, por fin,
desde su informe nirvana...
La carta saldrá mañana
y en la carta irá un jazmín.

La pluma en sus dedos juega;
ya el pliego tiene el doblez;
y su alma en lo azul navega...
A los veinte años de brega
va a escribir «tuyo» otra vez.

No será trunca ni ambigua
su confidencia de amor
sobre la vitela exigua.
¡Si esa carta es muy antigua...!
ya está turbio el borrador.

Tendrá su deleite loco,
blancas sedas de amistad
para esconder su ígneo foco.
La gente reirá un poco
de esos novios de otra edad.

Ella, la anciana, en su leve
candor de virgen senil,
será un alabastro breve.
Su aristocracia de nieve
nevará un tardío abril.

Sus canas en paz suprema,
a la alcoba sororal
darán olor de alhucema,
y estará en la suave yema
del fino dedo el dedal.

Cuchicheará al ras del suelo
su enagua un vago frufú,
y con qué afable consuelo
acogerá el terciopelo
su elegancia de bambú...

Así está el hombre soñando
en el aposento aquel,
y su sueño es dulce y blando;
más, la noche va llegando
y aun está blanco el papel.

Sobre su visión de aurora,
un tenebroso crespón
los contornos decolora,
pues la noche vencedora
se le ha entrado al corazón.

Y como enturbiada espuma,
una idea triste va
emergiendo de su bruma:
¡qué mohosa está la pluma!
La pluma no escribe ya.

MECIENDO

POR

GABRIELA MISTRAL

*El mar sus millares de olas
mece divino.
Oyendo a los mares amantes,
mezo a mi niño.*

*El viento errabundo en la noche
mece a los trigos.
Oyendo a los vientos amantes,
mezo a mi niño.*

*Dios Padre sus miles de mundos
mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra,
mezo a mi niño.*

FELIPE IV

POR MANUEL MACHADO

NADIE más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos, el azul, cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

ADOLESCENCIA

POR JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En el balcón un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño—.

Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos,
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.

—Caían las hojas muertas
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aun
un perfume de heliotropos—.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.



POEMA

POR ANTONIO MACHADO

¡Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
sus libros, y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

LA BIZARRA CAPITAL DE MI ESTADO

POR RAMON LÓPEZ VELARDE

He de encomiar en verso sincerista
la capital bizarra
de mi Estado, que es un
cielo cruel y una tierra colorada.

Una frialdad unánime
en el ambiente, y unas recatadas
señoritas con rostro de manzana,
ilustraciones prófugas
de las cajas de pasas.

Católicos de Pedro el Ermitaño
y jacobinos de época terciaria
(y se odian los unos a los otros
con buena fe...).

Una típica montaña
que fingiendo un corcel que se encabrita
al dorso lleva una capilla, alzada
al Patrocinio de la Virgen.

Altas
y bajas del terreno, que son siempre
una broma pesada.

Y una catedral y una campana
mayor que, cuando suena, simultánea
en las avemarías, me da lástima
que no la escuche el Papa.

Porque la Cristiandad entonces clama,
cual si fuese su queja más ungida
la vibración metálica,
y al concurrir ese clamor concéntrico
del bronce en el ánima del ánima,
se siente que las aguas
del bautismo nos corren por los huesos
y otra vez nos penetran y nos lavan.



HERMOSURA

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

¡AGUAS dormidas,
verdura densa
pedras de oro,
cielo de plata!

Del agua surge la verdura densa;
de la verdura,
como espigas gigantes, las torres
que en el cielo burlian
en plata su oro.
Son cuatro fajas:
la del río, sobre ella la alameda,
la ciudadana torre
y el cielo en que reposa.
Y todo descansando sobre el agua,
flúido cimiento,
agua de siglos,
espejo de hermosura.
La ciudad, en el cielo pintada
con luz inmóvil;
inmóvil se halla todo,
el agua inmóvil,
inmóviles los álamos,
quietas las torres en el cielo quieto
Y es todo el mundo;
detrás no hay nada.
Con la ciudad enfrente me hallo sólo,
y Dios entero
respira entre ella y yo toda su gloria.
A la gloria de Dios se alzan las torres,
a su gloria los álamos,
a su gloria los cielos,
y las aguas se cansan a su gloria.
El tiempo se recoge;
desarrolla lo eterno sus entrañas;
se lavan los cuidados y congojas
en las aguas inmóviles,
en los inmóviles álamos,
en las torres pintadas en el cielo,
mar de altos mundos.
El reposo reposa en la hermosura
del corazón de Dios, que así nos abre
tesoros de su gloria.
Nada deseo;
mi voluntad descansa,
mi voluntad reclina
de Dios en el regazo su cabeza,
y duerme y sueña...
Sueña en descanso
toda aquesta visión de alta hermosura.
¡Hermosura! ¡Hermosura!
Descanso de las almas doloridas,
enfermas de querer sin esperanza.
¡Santa hermosura,
sofución del enigma!
Tú matarás la Esfinge,
tú reposas en ti sin más cimiento.
Gloria de Dios, te bastas.
¿Qué quieren esas torres?
Ese cielo, ¿qué quiere?
¿qué la verdura?
¿y qué las aguas?
Nada, no quieren;
Descansan en el seno
de la Hermosura eterna;
son palabras de Dios limpias de todo
querer humano.
Son la oración de Dios, que se regala
cantándose a sí mismo,
y así mata las penas.
...
La noche cae; despierto,
me vuelve la congoja,
la espléndida visión se ha derretido,
vuelvo a ser hombre,
Y ahora dime, Señor, dime al oído:
tanta hermosura,
¿matará nuestra muerte?